

1. CARTA DEL RECTOR MAYOR

¡SEAMOS «PROFETAS-EDUCADORES»!

Introducción.- Dimensión profética de la Vida Consagrada.- Fermento en la significación.- Contemporaneidad de Cristo.- Clave de lectura conciliar.- Con san Juan Bosco, según nuestra consagración apostólica: en la alianza, en la misión, en la comunión y en la radicalidad.-Que nos guíe Nuestra Señora, la Virgen del Rosario.

Roma, memoria de Nuestra Señora, la Virgen del Rosario,
7 de octubre de 1993

Queridos hermanos:

Celebramos hoy la memoria de Nuestra Señora, la Virgen del Rosario. Es una invitación a dar importancia a la práctica -personal y comunitaria- del piadoso ejercicio que nos sumerge en los acontecimientos del gran misterio de Cristo; es una práctica piadosa fácil y popular, muy recomendada por Juan Pablo II; es una manera realmente profunda, y al alcance de todos, de contemplar las personas y los hechos de la hora central de la historia de la salvación. Aproxima a Cristo e intensifica la familiaridad con él, el solo y auténtico profeta de verdad en la alianza definitiva del tiempo de la Iglesia.

He pensado que esta memoria mariana, que nos ayuda a contemplar el misterio de Cristo, puede sugerirnos también la reflexión sobre un tema particularmente ligado a la Vida Consagrada en la Iglesia: el de su dimensión profética. En estos años posconciliares se ha hablado más de una vez de la función profética de los consagrados, puestos como levadura en el pueblo de Dios para iluminar, estimular, corregir y relanzar creativamente la vocación común a la santidad. Urge despertar a los consagrados en este su servicio, don del Espíritu para todos.

Oírse llamar «profeta» es un estímulo fuerte a la responsabilidad de la propia vocación. La profecía es absolutamente imprescindible, pero no resulta fácil. Existe, además, el peligro de interpretaciones no auténticas: siempre ha habido «falsos profetas», que no representaban la autenticidad de la intervención de Dios en la historia. Para valorar como es debido la realidad y autenticidad de nuestro servicio eclesial, hay que partir de la meditación del acontecimiento de Cristo.

La preparación del Sínodo de 1994, que tratará de la Vida Consagrada, nos estimula a considerar este servicio en armonía con los demás aspectos generales de los institutos de Vida Consagrada en la Iglesia.

Asistimos estos meses a numerosas iniciativas presinodales patrocinadas por conferencias episcopales y organismos de los consagrados. Están apareciendo estudios y aportaciones de reflexión que crean un clima de interés y esperanza. Pronto verá la luz también un Manual de Teología de la Vida Religiosa¹, obra de algunos especialistas, pedida por la Comisión mixta de obispos y superiores mayores de Italia, que ciertamente servirá para iluminar las mentes.

1. LDC, Turín.

Es cierto que el Sínodo se mueve en una órbita intencionadamente «pastoral» y no directamente doctrinal; pero cabalmente por eso necesita con urgencia algunas clarificaciones de principio, como base para actualizar mejor la comunión, la acción apostólica y el testimonio de vida.

¡Quiera Dios que el próximo Sínodo sirva para facilitar una mejor consideración y valoración de los carismas en la Iglesia y que los institutos de Vida Consagrada desarrollen con mayor conciencia orgánica e incisividad profética su pertenencia vital al pueblo de Dios en el aspecto conciliar de «sacramento de salvación» en estos tiempos nuevos!

En los meses que faltan para la asamblea sinodal, os invito a meditar también la «dimensión profética» de nuestra vocación de consagrados.

Dimensión profética de la Vida Consagrada

El profeta es un creyente elegido por el Señor para hablar a los hombres en su nombre. Para cumplir esta función, vive en intimidad con Dios, a fin de escuchar, entender y transmitir bien su mensaje. Lo que comunica no es propio, procede del corazón de Dios: un Dios que no es simplemente una especie de gran arquitecto del mundo, sino el Señor de la historia, que ama inmensamente al hombre y lo acompaña de modo increíble en las aventuras de su libertad.

El profetismo es uno de los fenómenos que mejor revelan la trascendencia de la historia de la salvación; caracteriza el realismo religioso del judaísmo y del cristianismo: aporta novedad y denuncia de parte de Dios.

El misterio de Cristo es el apogeo de tal fenómeno. Jesús no dio por concluida la época de los profetas, sino que sublimó y transformó su función. Él es, por excelencia, «el gran profeta», el mayor y definitivo, y legó a su Iglesia un papel profético de nuevo cuño, bajo la poderosa animación del don de su Espíritu. Hoy, con el surgir de tantas novedades y, lamentablemente, también con el difundirse de no pocas desorientaciones, se siente una necesidad grande de profetas auténticos, que lleven adelante una evangelización verdaderamente nueva.

De esa necesidad tan vital surge un interés especial por la función profética de la Iglesia y, en ella, de la Vida Consagrada.

A veces se atribuye a la Vida Consagrada la característica específica de ser, por vocación, «la» dimensión profética de toda la Iglesia. Tal afirmación es, obviamente, exagerada; pero tiene el mérito de querer mostrar un aspecto vital no suficientemente destacado. La Vida Consagrada no puede apropiarse, en exclusiva, una cualidad que corresponde a todo el pueblo de Dios. Dice, efectivamente, el Concilio, hablando de los seglares: «Cristo, el gran profeta, que proclamó el reino del

Padre con el testimonio de su vida y con la fuerza de su palabra, realiza su función profética hasta la plena manifestación de su gloria. Lo hace no sólo a través de la jerarquía, que enseña en su nombre y con su poder, sino también por medio de los seglares. Él los hace sus testigos y les da el sentido de la fe y la gracia de la palabra para que la fuerza del Evangelio brille en la vida diaria, familiar y social». ² El reciente «Catecismo de la Iglesia Católica» habla incluso de todo un pueblo profético como luz y sacramento de la humanidad en camino: «Jesucristo es aquel a quien el Padre ungió con el Espíritu Santo y lo constituyó 'sacerdote, profeta y rey'. Todo el pueblo de Dios participa de esas tres funciones de Cristo y tiene las responsabilidades de misión y servicio que se derivan de ellas». ³

2. *Lumen gentium* 35.

No parece, pues, conveniente ni exacto presentar la Vida Consagrada como una especie de institucionalización de la dimensión profética de la Iglesia. De todos modos, es indudablemente justo y urgente poner de relieve e intensificar, en particular, el aspecto peculiarmente profético de la Vida Consagrada. Los fundadores y fundadoras, que están en el origen de los institutos, desempeñaron un verdadero papel profético en la Iglesia y en la sociedad de su tiempo y legaron a sus seguidores un dinamismo profético que deben «vivir, custodiar, profundizar y desarrollar constantemente en sintonía con el Cuerpo de Cristo que nunca deja de crecer». ⁴

3. *Catecismo de la Iglesia Católica*, núm. 783.

El aspecto carismático de la Vida Consagrada implica una presencia y creatividad continua del Espíritu Santo; pertenece a la dimensión profética de la Iglesia, para proclamar a todos «que sin el espíritu de las bienaventuranzas no se puede transformar este mundo ni ofrecerlo a Dios». ⁵

4. Cf. *Mutuae relationes* 11.

El hecho de que la Vida Consagrada «no forme parte de la estructura jerárquica de la Iglesia, pero pertenezca de manera indiscutible a su vida y santidad», ⁶ le da un carácter profético especial para todo el pueblo de Dios.

5. *Lumen gentium* 31.

6. *Lumen gentium* 44.

Así lo reconoce el Concilio cuando declara: «Los religiosos han de procurar con empeño que la Iglesia, por medio de ellos, muestre cada vez mejor a Cristo a creyentes y no creyentes: Cristo en oración en el monte, o anunciando a las gentes el reino de Dios, curando a los enfermos y lisiados, convirtiendo a los pecadores en fruto bueno, bendiciendo a los niños, haciendo el bien a todos, siempre obediente a la voluntad del Padre que lo envió». ⁷

7. *Lumen gentium* 46.

El documento «*Mutuae relationes*» toca de algún modo este punto cuando presenta los rasgos de autenticidad de un carisma: «Revisión continua de su fidelidad al Señor, de la docilidad a su Espíritu, de la atención inteligente a las circunstancias y de la mirada cuidadosamente atenta a los signos de los tiempos; revisión también de su voluntad de inserción en la Iglesia, de la conciencia de obediencia a la jerarquía sagrada, de la audacia en las iniciativas, de la constancia en el darse y de la humildad en soportar los contratiempos». ⁸

8. *Mutuae relationes* 12.

De acuerdo con tan autorizadas orientaciones, los institutos religiosos están llamados a cumplir su función profética, no de modo uniforme e indistinto, sino de acuerdo con el proyecto carismático indicado por el Espíritu de Cristo en el fundador e identificado por quienes, en cada instituto, realizan esta delicada y comprometida tarea de discernimiento.

El problema, ahora entre nosotros, no consiste en indicar las diferencias o complementariedad de la función profética de la Vida Consagrada en los diferentes grupos eclesiales —laicales y jerárquicos—, sino en profundizar e intensificar el propio papel profético en la órbita carismática del fundador.

Hay que reconocer que el tema de la dimensión profética de la Vida Consagrada no lo ha afrontado todavía a fondo ningún documento del Magisterio universal, aunque se haya puesto de relieve en algunas zonas más sensibles (por ejemplo, Iberoamérica) y en diversas

intervenciones de las conferencias de religiosos. De todos modos, es un tema de actualidad, que puede contribuir a romper la lentitud en el camino de la renovación, a medir su calidad y a alentar iniciativas de cambio sin caer en interpretaciones erróneas; ayuda a convivir con la gente desde la perspectiva de una esperanza que ya no se halla en el clima ambiental.

El profetismo indica una opción permanente de Dios: la de intervenir personalmente en las vicisitudes humanas. El profeta es su embajador, que no vive en una esfera atemporal, sino comprometido a fondo con sus contemporáneos: se siente enviado de Dios y destinado a transmitir su mensaje no sólo de palabra, sino también con las obras, con su vida y con gestos simbólicos, a veces paradójicos; es un transmisor vivo de la luz salvífica de Dios; manifiesta, corrige, estimula, predica, prepara, construye, sufre y da testimonio. «El Espíritu del Señor —dice Isafas— está sobre mí, porque me ha ungió; me ha enviado para dar la buena noticia».⁹ El profeta no es un extraño, sino un centinela: «Te he puesto de atalaya en la casa de Israel; cuando escuches palabras de mi boca, les darás la alarma de mi parte».¹⁰

9. *Isafas* 61, 1.

10. *Ezequiel* 33, 7.

El Dios de los profetas se introduce, por ellos, en la historia para salvar. En su nombre indican metas, dan criterios para alcanzarlas, introducen novedades positivas, señalan males que hay que remediar, insisten con constancia en el sentido del pecado, muestran caminos concretos de conversión y denuncian desviaciones y errores.

La actual aceleración de los cambios sociales y culturales tiene una necesidad especial de la luz de un Dios que se encarnó precisamente para guiar a la humanidad hacia la salvación. Las muchas novedades que se suceden con ritmo vertiginoso pueden contribuir a hacer olvidar la función profética o instrumentalizarla de cara al solo ámbito sociocultural; en este sentido oímos, a veces, subrayar ciertos aspectos de los profetas del Antiguo

Testamento sin ninguna referencia específica a Cristo; es un modo de hacer que puede conducir a arbitrariedades peligrosas. También por este motivo la consideración genuina de la dimensión profética ocupa un puesto prioritario en la renovación de los institutos y en la búsqueda de compromisos eficaces con miras a la nueva evangelización.

Un pueblo de Dios sin profecía no tendría capacidad para fermentar la actual marcha del mundo; sería infiel a la extraordinaria presencia del Espíritu de Cristo manifestada en el Vaticano II y en muchos acontecimientos, eclesiales y sociales, que le siguieron: «Vosotros sois la luz del mundo —dice el Señor—, ... alumbré vuestra luz a los hombres»;¹¹ pero sabiendo que «la luz verdadera, la que alumbró a todo hombre»,¹² sólo es Jesucristo.

Hoy toda la Iglesia está llamada con urgencia a profetizar a Jesucristo; como Juan Bautista, debe «dar testimonio de la luz, para que por él todos vengan a la fe».¹³

Con razón proclama el apóstol Pablo: «No nos predicamos a nosotros, predicamos que Cristo es Señor».¹⁴

Si toda la Iglesia está invitada con fuerza a hacerlo, quiere decir que, en ella, la Vida Consagrada debe cuidar su propia función profética, de forma muy peculiar e intensa, por su mismo estado de vida, «que libera mucho más a sus miembros de las preocupaciones terrenas, manifiesta también mucho mejor a todos los creyentes los bienes del cielo, ya presentes en este mundo. También da testimonio de la vida nueva y eterna adquirida por la redención de Cristo y anuncia ya la resurrección futura y la gloria del reino de los cielos. Este mismo estado imita más de cerca y hace presente continuamente en la Iglesia aquella forma de vida que escogió el Hijo de Dios al venir a este mundo para hacer la voluntad del Padre y que propuso a los discípulos que le seguían. Finalmente, revela de manera especial la superioridad del reino de Dios sobre todo lo creado y sus exigencias

11. *Mateo* 5, 14-16.

12. *Juan* 1, 9.

13. *Juan* 1, 7.

14. *2 Cor* 4, 5.

radicales. Muestra también a todos los hombres la grandeza extraordinaria del poder de Cristo Rey y la eficacia infinita del Espíritu Santo, que realiza maravillas en la Iglesia». ¹⁵

15. *Lumen gentium* 44.

Fermento en la significación

En Jesucristo se realiza la nueva y definitiva Alianza, no ya con un solo pueblo de una determinada cultura y organización religioso-social (Israel), sino con toda la humanidad en la variedad de sus pueblos y culturas, dando así un significado profundamente nuevo a la intervención de Dios por medio de la profecía, el sacerdocio y la realeza.

En el Antiguo Testamento la función del profeta –suscitado de forma personal por Dios mismo– era distinta y separada de la institucional del sacerdote y del rey; no recibía su legitimación de ellos, sino de una relación directa, íntima y personal con Yavé, en cuyo nombre hablaba.

En Cristo quedaron unificadas indisolublemente las tres funciones de profeta, sacerdote y rey, y así las legó como patrimonio a su Cuerpo Místico en la historia, a fin de que se ejercieran de múltiples modos y con diversos ministerios. El concilio Vaticano II recordó que en la Iglesia la «comunión» tiene un valor central y característico, que también se manifiesta en la compenetración mutua de las tres funciones: juntas sirven para edificar el Reino –no terreno–, que es de Cristo por los siglos hasta que lo entregue al Padre al final de los tiempos.

En el actual momento histórico, el ejercicio de la función profética es una de las prioridades pastorales más urgentes. El Vaticano II dio explícitamente el primer puesto al servicio de la Palabra, de la actividad evangelizadora y de la formación de la conciencia en los creyentes. Los cristianos deben ser un pueblo de profetas

con creatividad, inteligente audacia y capacidad de testimonio hasta el martirio, siguiendo el ejemplo generoso e incisivo de los Apóstoles.

Si miramos el contexto en que actuaron los profetas del Antiguo Testamento, nos hallamos con un Israel en situaciones graves de infidelidad social a la Alianza; por eso, la obra del profeta suele manifestarse con fuerza como denuncia simultáneamente religiosa y social. Hoy se está produciendo en el mundo, para el futuro de todos los pueblos con sus culturas y religiones, un cambio de época que no podrá encontrar el buen camino sin la luz de Cristo.

Es cierto que el contexto actual se presenta con muchos males que necesitan corrección. Pues bien, la profecía de Cristo está llamada a iluminar y discernir las continuas novedades, a fin de tomar lo que tienen de valor y prevenir y enmendar sus peligrosas desviaciones, a fin de que el complejo giro antropológico no termine en antropocentrismo fatal.

En tal contexto, nuestra específica función profética de salesianos debe realizarse en la «opción por la educación», que da un tono característico a toda nuestra vocación: no estamos llamados a ser «agitadores de los jóvenes», sino a ser luz para su conciencia en cuanto «signos y portadores»¹⁶ del amor y bondad de Cristo. El contexto juvenil presenta hoy retos exigentes; en el XXIII Capítulo General vimos su alcance mundial, que después cada inspección ha ido concretando en su situación local.

En los areópagos del mundo se hace propaganda de numerosos sucedáneos de la luz de la fe cristiana; se separan el camino del conocimiento humano y el camino del Evangelio de Cristo, como si fueran dos vías con metas inconciliables; faltan indicaciones válidas de ruta; es una hora de afanosa búsqueda de maestros para la formación de la personalidad.

En estos años, nosotros hemos tratado de formular

16. *Constituciones 2.*

globalmente nuestro esfuerzo de renovación con el término «significación»: volver a ser, entre los jóvenes, verdaderos «signos» de «nueva evangelización» precisamente por medio de una «nueva educación». Estamos avanzando con pasos concretos, pero hay que perseverar, profundizar e intensificar.

Tenemos que convencernos de que la dimensión profética de nuestros compromisos es el núcleo central de nuestra significación. El comentario oficial al artículo 2 de las Constituciones («ser signos y portadores») afirma claramente que se trata de un «compromiso tremendamente exigente, porque afecta a toda la persona, vida y acción de los salesianos, desasiéndolos de sí mismos para hacerlos girar, simultáneamente, en torno a dos polos: Cristo vivo y la juventud, y para lograr el encuentro de uno y otro en el amor. Compromete a los salesianos a ser doblemente servidores de Cristo —que los envía— y de los jóvenes —a quienes son enviados—; revelar el amor—llamada de Cristo y suscitar el amor—respuesta de los jóvenes. ¡Tal es el significado último de todas sus ‘obras de caridad espiritual y corporal’!». ¹⁷

Tal es precisamente la función profética del salesiano: ¡Seamos, pues, «profetas—educadores»!

La significación tiene una esfera más amplia que la profecía; pero ser profeta auténtico de Cristo es su fermento vital, de modo que sin él pierde sentido la misma significación. No obstante, este papel profético se sitúa «dentro de» las exigencias actuales de la nueva educación, en la comunión y armonía de objetivos: Cristo en su encarnación eligió el giro antropológico cabalmente para que su luz venciera, desde dentro, al antropocentrismo. Hacer profecía hoy no significa, para nosotros, hacer exhibiciones socioculturales, sino anunciar con eficacia el acontecimiento supremo de Cristo como medida de todas las novedades, haciendo ver con claridad sus dinamismos de futuro, proclamando su proce-

17. *El Proyecto de Vida de los Salesianos de Don Bosco*, Roma 1986 (edición española), págs. 111-112.

dencia divina e irradiando sus potentes haces de luz, los únicos que permiten ver lo que es realmente el hombre.

Se trata de hacer sentir a los jóvenes la presencia y fuerza del amor de Cristo con una fidelidad clara a sus iniciativas. Esta actividad profética no es fantasía individual, sino servicio activo y creativo a su misterio; no se reduce a simple observancia religiosa, sino que es comunicación de energías de salvación; no favorece en primer lugar algún tipo de revolución estructural, sino que se concentra en la formación de las mentalidades y en la conversión de las personas, y, cuando sea necesario, también sabe hacer denuncia cultural y social, aunque no con métodos de carácter horizontal y temporal.

Así pues, debemos intensificar una dimensión profética que dé dinamismo e intensidad a la significación salesiana.

Contemporaneidad de Cristo

En el Antiguo Testamento, la función profética pertenecía a un período de la historia de la salvación que caminaba hacia la meta de Cristo; las intervenciones de Yavé se movían gradualmente en un proceso de preparación cada vez más claro, hasta llegar al testimonio del Bautista, que señala la presencia del Mesías.

La historia de la salvación alcanza su plenitud en Cristo; en adelante ya no crecerá la revelación de Dios, pues en Jesús se hizo presente para siempre toda su Palabra; en él vive la profecía definitiva: él es el hombre nuevo, el Señor de la historia, centro y fuente de cualquier nueva función profética; Cristo es el «novísimo» («ésjaton»), el vértice absoluto de la intervención de Dios en el devenir humano.

Es obvio que el devenir humano sigue progresando y creciendo después de la Pascua del Señor; pero es un progreso y crecimiento en la línea de la creación, no en

la de la revelación. Ello implica novedad de interpelaciones y retos, pero no una Palabra de Dios verdaderamente nueva, pues «la economía cristiana, por ser la alianza nueva y definitiva, nunca pasará; no hay, pues, que esperar otra revelación pública antes de la gloriosa manifestación de Jesucristo nuestro Señor». ¹⁸

18. *Dei Verbum* 4.

Esta intervención definitiva en Cristo no ignora, pues, los dinamismos del devenir humano en la línea de la creación; al contrario, los tiene en cuenta de forma explícita; Jesucristo instituyó la Iglesia, su Cuerpo Místico por los siglos, con la misión de llevar a todos los tiempos la luz pascual de aquel acontecimiento definitivo.

Por otra parte, el mismo devenir humano está ligado radicalmente a Cristo, en cuanto que él es su «creador» inicial («por medio de la Palabra se hizo todo, y sin ella no se hizo nada de lo que se ha hecho» ¹⁹) y en cuanto que él envía continuamente —en todos los espacios de tiempo— al Espíritu Santo, que mueve todo hacia el Reino («él me glorificará, porque recibirá de mí lo que os irá comunicando» ²⁰).

19. *Juan* 1, 3.

20. *Juan* 16, 15.

Hay, pues, todavía crecimiento humano, como demuestran hoy los numerosos signos de los tiempos, pues cambian las culturas, la mentalidad de la gente, las situaciones y estructuras sociales, la percepción de los valores, los retos apremiantes y la búsqueda de una verdad que sirva de guía.

El acontecimiento de Cristo, en cuanto novísimo, es por sí mismo contemporáneo de cualquier tiempo posterior, pero necesita que la Iglesia acierte a descubrir esa contemporaneidad. Aquí entra el papel profético, que debe presentar como contemporánea, es decir, como revelación de Dios para hoy y para los tiempos nuevos, toda la luz del acontecimiento de Cristo.

Saber presentar a Cristo como «el gran Profeta» del presente, hacer que aparezca como Maestro actualizado aunque desconcertante, como Luz que no puede ser eclipsada por ningún signo de los tiempos y como

Novedad absoluta que mide, asume y juzga todas las novedades que emergen. Es la tarea de la nueva evangelización, llamada a hacer que el Evangelio suscite simpatía y aceptación.

No es tarea fácil; comporta una función profética imprescindible y urgente. La Iglesia, y en ella la Vida Consagrada, debe comprometerse con «nuevo ardor».

Clave de lectura conciliar

Como hemos dicho, muchos fundadores y fundadoras de institutos religiosos realizaron una función profética especial con formas nuevas respecto a situaciones precedentes: quién con el testimonio de la vida eremita, cenobítica y contemplativa, para indicar lo absoluto de Cristo en la existencia humana; quién con la enseñanza, para iluminar las inteligencias, hacer madurar la fe y poner un dique al error y a la herejía; quién testimoniando con una caridad rica en obras el interés de Cristo por todas las categorías de necesitados; quién con otras formas de amor.

Toda la Vida Consagrada debe relanzar hoy este aspecto desde los múltiples aspectos que la constituyen.

Para renovarse al respecto, tenemos que partir de una óptica segura, que respete el propio carisma.

El Vaticano II indica autorizadamente una clave de lectura al hablar de la renovación de los institutos religiosos. El decreto «*Perfectae caritatis*» afirma que en primer lugar hay que considerar «el seguimiento de Cristo tal cual lo propone el Evangelio» y que, además, es imprescindible una fidelidad dinámica «al espíritu de los fundadores, a los fines propios y a las sanas tradiciones». ²¹

21. Cf. *Perfectae caritatis* 2.

Ambas afirmaciones conciliares no son dos claves de lectura separadas, sino una sola, porque los fundadores fueron suscitados por el Espíritu de Cristo para hacer

actual, según las épocas, su misión portadora de salvación. Cabe considerarlos como una página viva de la contemporaneidad de Cristo, y se esforzaron por proclamar su profecía en el momento histórico con respecto a sus destinatarios.

Para hacer contemporánea la gran profecía de la Nueva Alianza, vivieron «dentro» de su actualidad, dóciles al Espíritu del Señor y en sintonía con él, a fin de comprender dónde se situaba la urgencia de la salvación, cuáles eran sus interpelaciones y retos y el porqué de las zonas negras donde reinaban la ausencia, la indiferencia y el rechazo de la luz pascual, pues sólo «desde dentro» es posible hacer el discernimiento de contemporaneidad.

Sin embargo, en este punto es importante hacer notar que la función profética de la Nueva Alianza no es sólo respuesta a exigencias nacidas en el devenir humano. Es obvio que la profecía de Cristo ofrece grandes y adecuadas respuestas a muchas demandas; pero el Evangelio no es sólo respuesta, es también iniciativa de Dios que revela e instruye, propone, interpela, previene, enseña, corrige y también denuncia.

La renovación profética, pues, no se limita a ocuparse del polo de la cultura emergente y su contexto de vida, su lenguaje y sus métodos –cosa evidentemente imprescindible–, sino que va, en primer lugar y a fondo, a escrutar de nuevo, y con sensibilidad por el interior de la cultura, el luminoso polo del acontecimiento de Cristo, para captar con mayor claridad los núcleos vitales de influencia más penetrante y así saberlos comunicar con verdadera actualidad.

A san Juan Bosco y a nosotros el Espíritu Santo nos tiene asignado, en la misión profética de la Iglesia, un campo que, como decíamos, se caracteriza por la «opción educativa» en favor de la juventud necesitada y también con relación a los ambientes populares.

¡Nos ha llamado a ser «profetas–educadores»! La renovación de la función profética de nuestro carisma

no puede ser una especie de invitación a cambiar de «oficio», es decir, a abandonar la opción por la educación; al contrario, según la clave de lectura indicada, es un estímulo a despertarnos, a reforzar la valentía de la fe y a buscar con más audacia vías pedagógicas que hagan contemporáneo, para los jóvenes, el misterio de Cristo.

Nuestra función profética la realizamos con una educación cristiana nueva, a medida de las categorías de jóvenes con que vivimos y actuamos, mediante itinerarios educativo-pastorales trazados directamente para ellos aprovechando adecuadamente experiencias del pasado y creando otras nuevas.

Con san Juan Bosco, según nuestra consagración apostólica

Siguiendo la clave de lectura señalada, podemos ver, aunque con brevedad, el sentido y modo con que nuestro carisma participa en la función profética de la Iglesia para bien de los jóvenes y de los ambientes populares en las distintas culturas y situaciones geográficas.

El XXIII Capítulo General nos orientó con serio discernimiento hacia la inserción en contexto de nuestras actividades²² y hacia la lectura de la contemporaneidad del misterio de Cristo.²³

Quiero recordar aquí algunos de los datos más importantes para nuestra función profética en su aspecto de presentación de Cristo, relacionándolos con los elementos constitutivos de nuestra consagración apostólica según la describe el artículo 3 de las Constituciones.

Son cuatro los elementos fundamentales que señala dicho artículo: *la alianza* (estar con Cristo), *la misión* (apóstoles de los jóvenes), *la comunión* (comunidad fraterna) y *la radicalidad evangélica* (vivencia de los consejos). Elegimos, para cada uno de ellos, algunos aspectos de mayor urgencia profética, a fin de intensificar su tes-

22. XXIII Capítulo General, sobre todo en la 1ª parte.

23. XXIII Capítulo General, sobre todo en la 2ª parte.

timonio. Señalo, aquí, los que me parecen más incisivos en el actual esfuerzo de renovación.

En la alianza

La alianza de nuestra profesión religiosa requiere un testimonio de intimidad especial con Cristo, de forma vital y constante. Aquí está el secreto de toda profecía: es necesario que los jóvenes comprendan que somos «sacramentos de Cristo», signos y portadores de su amor, y que vivimos de él y con él para ellos.

Cabe recordar, al respecto, la intensidad de las relaciones personales con Yavé por parte de los profetas del Antiguo Testamento; aquí tenemos la condición básica: no es fruto de temperamento psicológico ni de simple simpatía humana. Es vocación: «Antes de formarte en el vientre, te escogí; antes que salieras del seno materno, te consagré: te nombré profeta de los gentiles»;²⁴ «me sedujiste, Señor, y me dejé seducir; ... sentía dentro como un fuego ardiente encerrado en los huesos: hacía esfuerzos para contenerlo y no podía».²⁵

24. *Jeremías* 1, 5.

25. *Jeremías* 20, 7, 9.

En el Nuevo Testamento, el entusiasmo místico del apóstol Pablo declara rotundamente: «Para mí la vida es Cristo»²⁶; «ya no vivo yo, vive en mí Cristo»;²⁷ «el que vive con Cristo, es una criatura nueva; lo viejo ha pasado, ha llegado lo nuevo».²⁸ La alianza de la profesión religiosa es una amistad personal que transforma: nos hace vivir en Cristo, por él y con él.

26. *Filipenses* 1, 21.

27. *Gálatas* 2, 20.

28. *2 Corintios* 5, 17.

Nuestra dimensión profética tiene un carácter cristocéntrico muy marcado. La amistad e intimidad cotidiana con Cristo hacen vivir en su novedad. Tanto que hace capaz de mostrar adecuadamente la contemporaneidad de su misterio: «Éste es el plan que había proyectado realizar por Cristo, cuando llegase el momento culminante: recapitular en Cristo todas las cosas del cielo y de la tierra».²⁹ Bajo esta luz, será posible captar, desde las

29. *Efesios* 1, 10.

mentalidades culturales, el aspecto cristiano de numerosos temas de interés actual: amor, solidaridad, liberación, justicia y paz, verdad y conciencia, sentido del pecado, bondad y perdón, voluntariado y entrega personal, personalidad y sacrificio, universalidad, diálogo intercultural, significado de la historia, etcétera.

Recomiendo, sobre todo, tres aspectos donde concentrar la función profética a partir de la óptica de nuestra alianza: la comunicación de la palabra de Cristo, su novedad pascual en la Eucaristía, y la vivencia de su bondad infinita en la Reconciliación.

En ellos se ha de concentrar nuestra atención pedagógica. Son aspectos centrales del Sistema Preventivo que debemos relanzar proféticamente con audacia e inteligencia y con métodos y ritmos incisivos según las posibilidades de cada persona y grupo.

– *Comunicación de la palabra de Dios*

Preguntémosnos: ¿Tenemos hoy una interioridad de alianza con el Señor, tal que nos haga ser catequistas puestos al día? El primer oratorio de san Juan Bosco fue una sencilla catequesis;³⁰ nuestro Fundador siempre consideró la comunicación de la palabra de Dios como el fin principal de sus obras. El Capítulo General Especial (año 1971) redactó un documento importante sobre «Evangelización y Catequesis», que no ha perdido actualidad. En sus orientaciones prácticas afirma al respecto: 1.º La Congregación Salesiana está hoy en estado de misión evangelizadora; 2.º la inspección es una «comunidad al servicio» de la evangelización; 3.º toda comunidad es una comunidad evangelizadora, es decir, una comunidad en escucha y búsqueda, insertada en la Iglesia local, educativa y animadora.

También el XXI Capítulo General (año 1978) estudió, en su primer documento («Los Salesianos, evangelizadores de los jóvenes»), este mismo tema prioritario.

30. Cf. *Memorias Biográficas IX*, 61.

La actualidad de sus orientaciones, que se prometían una «nueva presencia salesiana» en este campo, se ha ido plasmando en el proyecto educativo-pastoral, ya familiar en las inspectorías y en las casas.

El XXII Capítulo General (año 1984) preparó el texto definitivo de nuestra Regla de Vida. Repasemos su artículo 34: «La evangelización y la catequesis son la dimensión fundamental de nuestra misión. Como Don Bosco, estamos llamados, todos y en todas las ocasiones, a ser educadores de la fe. Nuestra ciencia más eminente es, por tanto, conocer a Jesucristo, y nuestra alegría más íntima, revelar a todos las riquezas insondables de su misterio. Caminamos con los jóvenes para llevarlos a la persona del Señor resucitado, de modo que, descubriendo en él y en su Evangelio el sentido supremo de su propia existencia, crezcan como hombres nuevos». ³¹

Por último, el XXIII Capítulo General (año 1990) está íntegramente dedicado a la educación de los jóvenes en la fe y guía actualmente nuestra renovación. Me place subrayar que el destinatario directo de este documento es la comunidad salesiana en cuanto primer sujeto de la actividad pastoral. Como escribí al presentar dicho Capítulo, la comunidad «vive con intensidad gozosa el seguimiento de Cristo, confiesa su misterio mediante el testimonio consagrado, sintoniza y escruta atentamente el contexto donde actúa, descubre en él las semillas del Evangelio, interpreta los deseos de fe, intuye los pasos que hay que dar en el camino, lo recorre y lo verifica continuamente a la luz de la palabra de Dios». ³²

Es sintomático que los principales documentos de los últimos, grandes e históricos capítulos generales concentraran el esfuerzo de renovación en la capacidad de escuchar y comunicar el Evangelio de Cristo. En ese mismo sentido se han cuidado también importantes y válidas instituciones en nuestra Congregación para fomentar el estudio, enseñanza, comunicación y difusión de todo lo relacionado con la evangelización y la catequesis. Se camina y se trabaja...

31. Constituciones 34; cf. también: 6, 17, 20, 38, 43, etc..

32. XXIII Capítulo General, pág. 12.

Todo ello se vio y fomentó a partir, sobre todo, de la misión. Aquí lo revisamos desde la óptica de la alianza, que subraya *en las personas* el aspecto profético de su vitalidad interior, individual y comunitaria. En efecto, hoy día urge intensificar y mejorar el aspecto de «nuevo ardor», que es el manantial y fermento de la dimensión profética.

¡Que este punto tenga un puesto de privilegio en la revisión y en los objetivos de toda comunidad!

– *La novedad pascual en la Eucaristía*

La cumbre del misterio de Cristo es su Pascua. Es el centro de toda la historia de la salvación y se hace continuamente presente en el tiempo y en el espacio por la Eucaristía. «La sagrada Eucaristía contiene todo el bien espiritual de la Iglesia ... Aparece como la fuente y la cumbre de toda evangelización ... Los fieles, marcados ya por el sagrado Bautismo y por la Confirmación, se insertan plenamente en el Cuerpo de Cristo por la recepción de la Eucaristía. La celebración eucarística es, por tanto, el centro de la asamblea de los fieles».³³

33. *Presbyterorum ordinis* 5.

Hace unos años meditamos este aspecto central: «La Eucaristía en el espíritu apostólico de san Juan Bosco».³⁴ Aquí, desde la óptica de la alianza, se trata de revisar las convicciones, el testimonio y nuestro servicio profético, de forma concreta, en las actividades educativas.

34. Actas del Consejo General núm. 324, año 1988.

No es posible concebir la autenticidad de la alianza salesiana, sin la centralidad, como meta alcanzada o por alcanzar, de la celebración eucarística. Creo que tenemos mucho que revisar en este campo de la educación de los jóvenes en la fe. El XXIII Capítulo General reconoce que, en este sentido, estamos atravesando un momento de estancamiento³⁵ y exhorta a remediarlo.³⁶

35. XXIII Capítulo General, núm. 148.

36. XXIII Capítulo General, núm. 175.

No podemos ser profetas-educadores con san Juan Bosco sin una recuperación explícita, inteligente y entusiasta de un camino pedagógico que avance hacia la Eucaristía.

– *La experiencia personal de su perdón*

Hoy tenemos que combatir con un cuidado especial la pérdida del sentido del pecado. Hay que recuperar, en la educación, la conciencia de la dignidad cristiana de sentirse «penitente» y de experimentar los valores terapéuticos del sacramento de la Reconciliación. Desde este punto de vista, evangelizar es narrar la historia de la misericordia de Dios. No se concibe la vida de san Juan Bosco sin una dedicación constante, entre los jóvenes, a este ministerio: es «uno de los pilares fundamentales del edificio educativo». ³⁷ Se trata de «un momento privilegiado del encuentro personal con el joven»; por ello, dice también el XXIII Capítulo General: «Cuide el inspector la preparación de los salesianos para este ministerio, tan importante en la pedagogía salesiana». ³⁸

También aquí, lo repito, estamos hablando del papel profético de los salesianos, de nuestras convicciones, iniciativas y programas de acción en la educación. Los salesianos sacerdotes tienen que hacer un serio examen de conciencia sobre su práctica personal y sobre su disponibilidad para el ministerio de la Reconciliación, que alimenta en el corazón la paternidad espiritual; los salesianos no sacerdotes deben revisar su práctica personal al respecto y su colaboración en crear un ambiente de recuperación del sacramento de la Penitencia. Recordemos lo que escribe san Pablo a Timoteo: «Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores ... Por eso se compadeció de mí: para que en mí, el primero, mostrara Cristo toda su paciencia». ³⁹

– Resumiendo, desde la óptica de la alianza, nuestro servicio profético en los quehaceres de una educación completa no puede en absoluto prescindir de la comunicación del Evangelio, de la convocación a la Eucaristía como cumbre real de la vida del hombre nuevo y del encuentro personal con Cristo como aproximación tera-

37. XXIII Capítulo General, núm. 174.

38. XXIII Capítulo General, núm. 289.

39. I *Timoteo* 1, 15–16.

péutica que forma la conciencia en el sentido del pecado y la hace consciente de una amistad personal con Cristo.

El cuidado profético de esos tres aspectos requiere itinerarios pedagógicos concretos, que toda comunidad y todo salesiano debe trazar con una atención particular a fin de poder ser, como san Juan Bosco, «profeta-educador».

¿Qué se hace al respecto en cada casa? ¿Cuáles son las iniciativas prácticas para conocer la palabra de Dios, para preparar y participar en el supremo acto de amor de la Pascua y para denunciar la pérdida del sentido del pecado a la luz de la inefable e infinita bondad misericordiosa de Cristo?

En la misión

El tema de la misión ofrece numerosas y fecundas posibilidades de opciones proféticas, en las que ya deberíamos encontrarnos comprometidos. Aquí me limito a subrayar dos que creo particularmente urgentes: la aplicación generosa del *criterio oratorio en la elección de los destinatarios y la gracia de unidad entre evangelización y educación*.

– *El criterio oratorio de san Juan Bosco*

Este criterio nos lleva a los jóvenes pobres. Lo recuerdan los últimos capítulos generales; de ello hablamos en la última circular sobre la pobreza;⁴⁰ es un aspecto central para revisar la significación de nuestras obras.

El XXIII Capítulo General, al presentarnos el camino de educación de los jóvenes en la fe, afirma explícitamente que «la opción salesiana de dar la preferencia a los más pobres es condición previa para dialogar con todos, incluso con quienes están menos informados acerca del acontecimiento cristiano».⁴¹

40. Cf. Actas del Consejo General, núm. 345.

41. XXIII Capítulo General 105.

Dice también en otro lugar: «Su pobreza se presenta en formas diversas: pobreza de condiciones de vida, de sentido, de perspectivas, de posibilidades, de conciencia, de recursos. Es la vida misma la que se encuentra depauperada al faltarle sus principales recursos. No aflorará ninguna vivencia religiosa mientras no se descubra la vida en su verdadero significado. Y, viceversa, toda experiencia de vida verdadera despierta una tensión religiosa»⁴². La sensibilidad profética incluye también la búsqueda de respuestas a las nuevas pobrezas, como expresión del afán de san Juan Bosco por ir al encuentro de los más necesitados en la propia época y zona. El XXIII Capítulo General exhorta a organizar «alguna presencia, como 'signo' de nuestro ir a los jóvenes que están más lejos de la fe».⁴³

42. XXIII Capítulo General, núm. 120.

43. XXIII Capítulo General, núm. 230.

La dedicación a nuestros primeros destinatarios lleva en sí misma un carácter vital de fidelidad al Espíritu del Señor, que así lo quiso en san Juan Bosco. No es una opción secundaria; influye en el significado global de nuestro servicio profético en la Iglesia, pues constituye un rasgo característico de nuestra fisonomía carismática. He visto que, en varias inspectorías, este compromiso concreto ha producido iniciativas fecundas y actitudes espirituales fervorosas que están renovando a los salesianos y son muy apreciadas por los obispos y las Iglesias locales; tales presencias son un don providencial que influye también con eficacia en la misma renovación social.

– *La gracia de unidad entre evangelización y educación*

Esta gracia muestra claramente que el estilo de nuestra misión ayuda de forma positiva a superar el distanciamiento de Evangelio y cultura. La competencia sobre lo que hay de válido en la cultura y en los signos de los tiempos, escrutado con la óptica del misterio de Cristo,

debería constituir un elemento de profesionalidad educativa al servicio de nuestra consagración apostólica. Cristo mismo nos impulsa en tal dirección. Como hemos visto, él es el creador de la realidad humana y su Espíritu es el alma de su dinamismo. El XXIII Capítulo General proclama con inteligente profundidad: «Creemos que Dios ama a los jóvenes ..., que el Espíritu se hace presente en ellos y que por su medio quiere edificar una comunidad humana y cristiana más auténtica. Él trabaja ya en cada uno de ellos y en los grupos: les ha confiado una tarea profética para que la realicen en el mundo, que es también el mundo de todos nosotros. Creemos que Dios nos está esperando en los jóvenes ... La tarea educativa resulta ser, así, el lugar privilegiado de nuestro encuentro con él». ⁴⁴

44. XXIII Capítulo General, núm. 45.

No es arte fácil el saber intercambiar entre ellos esos valores; en la caridad pastoral de nuestro carisma se nos ofrece una gracia especial de unidad por la que «evangelizamos educando y educamos evangelizando».

Por desgracia, hoy es frecuente separar valores culturales y principios evangélicos, no necesariamente para oponerlos, sino para ignorar de hecho su conexión. Es propio de nuestra misión saber mostrar pedagógicamente su inseparabilidad mediante el testimonio de vida, el diálogo cotidiano y la seriedad de una docencia adecuada. ⁴⁵ Es un aspecto vital, no sólo de una escuela verdaderamente católica, sino de cualquier actividad educativa. Pienso que nos ayudará a hacerlo mejor el hecho concreto de implicar a buenos señalares en nuestras actividades educativas.

45. Cf. Actas del Consejo General, núm. 344: "Educar en la fe en la escuela".

Un frente de atención particular en este campo es la dimensión social de la vida. El proceso de socialización, siempre en devenir, ha llevado y lleva a grandes innovaciones en la convivencia civil; por otra parte, el influjo de no pocos egoísmos en las actividades políticas y en el orden económico ha provocado terribles desigualdades e injusticias sociales, que exigen con urgencia un cambio

profundo de mentalidad y una reestructuración de los sistemas con perspectiva mundial.

Es urgente formar en una responsabilidad política cristiana, incorporar la Doctrina Social de la Iglesia en los programas concretos de la evangelización y replantear constantemente el fundamental precepto evangélico de la caridad. Así se participa de manera activa en el ejercicio profético de la Iglesia, realizado abundantemente en estos decenios por el Sucesor de Pedro y por los pastores.

La revisión, en este campo, es delicadamente compleja y tiene que ser permanente.

En la comunión

El XXIII Capítulo General dio fuerte relieve a la comunidad en cuanto sujeto de nuestra misión. Lo que ella debe profetizar con su testimonio de cada día y con sus actividades es el mensaje proclamado por Cristo acerca de la «comunión».

Para nosotros esta profecía de la comunión se ha de aplicar sobre todo en dos niveles: *en la comunidad religiosa y en la implicación apostólica de numerosos fieles seglares.*

– Comunión en la comunidad religiosa

Gracias a Dios, en nuestra Congregación hay una comunión viva en los ámbitos mundial, inspectorial y local. Aquí nos referimos, ante todo, a los grandes valores del misterio de Cristo en las comunidades locales: hacer que los salesianos los vivan de modo que la comunidad local resulte esencialmente «signo» y «escuela» de fe: una fe viva que, existiendo necesariamente en cada persona, la mueve a la comunión con las otras, amplian-

do así su capacidad de testimonio («signo») y multiplicando su fecundidad de transmisión («escuela») en una comunidad claramente significativa en la órbita de su papel profético.

La práctica de la comunión es propia de toda la Iglesia, aunque con modalidades diferenciadas de realización. De ello dan ya fe los Hechos de los Apóstoles cuando hablan de los primeros cristianos⁴⁶ y, después, el Vaticano II, para el que «la eclesiología de comunión es la idea central y fundamental».⁴⁷

46. Cf. *Hechos* 2, 42-47; 4, 32-35.

47. Sinodo extraordinario a los veinte años del Concilio: Documento final, II, C, 1.

Todo lo que se hace en nuestras casas y se haga en adelante para que la comunidad sea verdaderamente núcleo de animación como «signo y escuela de fe» es indudablemente un auténtico servicio profético de eficacia segura en esta hora de nueva evangelización.

Recomiendo a cada inspectoría y a cada casa que den importancia al providencial «día de la comunidad» para una revisión continuada y constructiva con miras a que reinen (comunión) entre los salesianos los valores evangélicos de nuestra vocación.

– *La implicación apostólica de los fieles seglares*

Ésta tiene su realización práctica en la comunidad de acción más amplia que llamamos «comunidad educativa». La tarea de los salesianos, como su núcleo animador, es cuidar y estimular en ella el intercambio continuo de los valores de nuestro proyecto educativo, de modo que se logre una auténtica comunión de acción en los grandes principios y llegue a ser verdadero sujeto eclesial para la maduración humana y cristiana de los jóvenes.

Llevamos tiempo tratando de hacer realidad este proyecto. Lograr tal comunidad educativa intensificando en ella la robustez de los grandes dinamismos de la pedagogía de san Juan Bosco, para lanzar una profecía

con fuerte perspectiva de futuro, supone una capacidad imprescindible de implicar a seculares idóneos. Se trata de tomar en serio la eclesiología conciliar: transformará nuestra presencia evangelizadora y educativa abriendo las obras a una nueva vitalidad y a un porvenir más prometedor.

En la radicalidad

Hemos visto que nuestra vivencia de los consejos evangélicos es ya, por sí misma, una presencia profética en la Iglesia y en la sociedad. El problema está en saber darle una significación más actual con vistas a la misión y comunión de nuestro objetivo evangelizador. No se trata sólo de vivir obedientes, pobres y castos, sino de mostrar que tal radicalidad nos hace ser «signos y portadores» visibles del amor de Cristo a los jóvenes.

Las Constituciones afirman: «Los consejos evangélicos, al favorecer la purificación del corazón y la libertad de espíritu, hacen solícita y fecunda nuestra caridad pastoral»;⁴⁸ «la práctica de los consejos evangélicos, vivida según el espíritu de las bienaventuranzas, hace más convincente nuestro anuncio del Evangelio»;⁴⁹ los consejos evangélicos «hacen del salesiano un signo de la fuerza de la resurrección [y], al orientar todo su corazón hacia el Reino, le ayudan a discernir y acoger la acción de Dios en la historia; y, en la sencillez y laboriosidad de cada día, lo transforman en educador que anuncia a los jóvenes un cielo nuevo y una tierra nueva y, de ese modo, aviva en ellos los compromisos y el gozo de la esperanza».⁵⁰

48. Constituciones 61.

49. Constituciones 62.

50. Constituciones 63.

Os invito a dar hoy testimonio de esta nuestra profecía de la radicalidad, cultivando de forma especial dos aspectos complementarios de verdadera urgencia: *la educación de los jóvenes en el amor y la perseverante y valiente denuncia contra ciertos ídolos de moda.*

51. Cf. XXIII Capítulo General, núms. 192 ss.

— *Educación de los jóvenes en el amor*⁵¹

Es ciertamente uno de los puntos clave de la educación en la fe. Si hay un aspecto donde los cambios culturales han provocado un desastre en la conducta y, a la vez, la necesidad de nuevo planteamiento, es precisamente éste. Por su visión distorsionada del amor, muchos jóvenes ya no son capaces de vivir la gracia de Cristo; he ahí un obstáculo deletéreo para crecer en la fe y para orientar la vida hacia metas vocacionales.

La vivencia «salesiana» de los consejos evangélicos, que reafirma la alianza, la misión y la comunión, hace de nuestro testimonio cotidiano de vida un estilo de bondad, de acogida educativa y de espíritu de familia en la sinceridad y constancia de las relaciones personales, en la alegría de la convivencia y en el cultivo de grandes ideales, que ofrecen un clima sumamente favorable para una formación auténtica en el amor. La modalidad salesiana de una vida obediente, pobre y casta, de la que se da testimonio en la alegría de una convivencia rica en obras, muestra la belleza y satisfacción de una vocación de amor que en Cristo sabe hacerse donación a los demás, ayudando a experimentar existencialmente las razones de las exigencias y capacidad de sacrificio que supone el amor de Cristo.

El acento profético de esta vivencia debe recaer en la fidelidad a Cristo sin subterfugios ni compensaciones; ella nos ayuda a renovar el clima de convivencia oratoria que hizo de san Juan Bosco «un genio del corazón». En tal clima procuramos entender y guiar la afectividad de los jóvenes, dar relieve educativo a su orientación vocacional, abrirlos a experiencias de donación de sí mismos en el servicio y hacer que crezcan en la solidaridad.

Creo importante que se reflexione comunitariamente sobre este aspecto, meditando las Constituciones y haciendo exámenes de conciencia concretos, conside-

rando con particular atención el tema de la pureza salesiana. El progreso de las disciplinas antropológicas hace necesaria la revisión de cierta mentalidad del pasado, pero simultáneamente exige la profundización de una castidad consagrada que sea realmente signo del misterio de Cristo, en quien siempre tenemos la mayor revelación de lo que es el amor.

– *Denuncia contra los ídolos de moda*

Esto nos recuerda el audaz estilo profético del Antiguo Testamento; el mismo Jesucristo denunció, más de una vez y con dureza, ciertas mentalidades y abusos morales que desnaturalizaban el concepto profético del Reino que proclamaba.⁵²

Existen hoy algunos ídolos de moda que ciertamente debemos desenmascarar: giran en torno al poder, a la riqueza y al placer. Los denunciamos ya existencialmente con la vivencia de los consejos evangélicos: «En un mundo tentado por el ateísmo y por la idolatría del placer, de la posesión y del poder, nuestro modo de vivir testimonia, especialmente ante los jóvenes, que Dios existe y que su amor puede llenar una vida, y que la necesidad de amar, el ansia de poseer y la libertad para decidir de la propia existencia alcanzan su sentido supremo en Cristo Salvador».⁵³

No obstante, puede haber en ciertas casas un modo aburguesado de vivir o una forma liberaloide de juzgar y hablar o algún salesiano imprudente y nada edificante que, en vez de colaborar en la denuncia de los ídolos, oculte, niegue o reste de hecho fuerza profética a la radicalidad evangélica, como si ésta ya no influyera o, al menos, ya no tratara de ser comunitariamente signo eficaz contra las desviaciones mundanas. Por desgracia, el secularismo se introduce también en las comunidades consagradas y amortigua sus dinamismos proféticos y

52. Cf., por ejemplo, *Matteo* 23, 13 ss.; *Marcos* 9, 42 ss.; *Lucas* 19, 41-45.

53. Constituciones 62.

quita a la educación su capacidad de propuesta evangélica de nuestra existencia camuflándola con novedades no evangélicas.

Es importante saber denunciar pedagógicamente ciertas idolatrías invasoras, haciendo brillar, ante todo, las motivaciones y la alegría de nuestra profesión salesiana.

¡Que toda comunidad se sienta invitada a hacer un examen de conciencia serio sobre el aspecto profético de su radicalidad evangélica en oposición a las idolatrías del individualismo, del aburguesamiento y del hedonismo! Tenemos que saber desenmascarar, incluso con la ayuda de las disciplinas antropológicas, ciertas orientaciones antievangélicas acerca del sexo, del matrimonio, de la promoción de la personalidad, de la dignidad de la mujer, de la constitución de la familia, del carácter sagrado de la vida, del uso de los bienes, de la indispensabilidad de la política, del perjuicio del egoísmo, de la irracionalidad de muchos conflictos, del sentido del pecado, etcétera. Denunciar educativamente es una tarea delicada y nada demagógica, que exige competencia, estudio y reflexión; es expresión de un servicio profético concreto del que la juventud tiene una necesidad especial.

– He ahí, pues, algunas reflexiones sobre la dimensión profética de nuestra vida salesiana. «Os exhorto –dice san Pablo– a presentar vuestros cuerpos como hostia viva, santa, agradable a Dios ... Y no os ajustéis a este mundo, sino transformaos por la renovación de la mente ... En el cuerpo, no todos los miembros tienen la misma función. Si hemos recibido el don de ser profetas, ejerzase en proporción a la fe».⁵⁴

54. Cf. *Romanos* 12, 1 ss.

A primera vista, puede parecer que son demasiadas las cosas en que hemos concentrado nuestra atención y que, por tanto, es fácil la dispersión práctica. No obstante, si miráis con atención, cada una de las cosas indicadas es ya realidad junto a otras muchas señaladas por

los últimos Capítulos Generales. De hecho, el punto sobre el que se insiste en esta circular es sólo uno: *nuestro ardor profético* en todo lo que procuramos hacer: tener conciencia de que somos profetas de Cristo y saber en qué debemos insistir para serlo de verdad y sin eventuales exhibiciones de moda no auténticas.

El papel profético que nos corresponde en la Iglesia es vivir con nuevo ardor la autenticidad del carisma de san Juan Bosco, a fin de que toda nuestra evangelización aparezca con la verdadera novedad cristiana que pide nuestro tiempo. Ello implica, en la base de todo, un renovado testimonio de intimidad personal con Cristo que nos impulse a revisar, valorar, considerar, relanzar y acentuar aspectos, concentrar esfuerzos y suscitar la creatividad pastoral partiendo verdaderamente de él. En definitiva, se trata de mostrar eficazmente la contemporaneidad de Cristo para conducir a las nuevas generaciones hacia un futuro mejor.

San Pablo nos diría: ¡Es urgente que lleguéis a ser Cristo para los jóvenes!

Sentirse profetas es para nosotros un gran despertar espiritual que nos hace tomar en serio la clave de lectura conciliar que hemos seguido en estas reflexiones. «La adecuada renovación de la vida religiosa –afirma el Vaticano II– comprende, al mismo tiempo, un retorno incesante a las fuentes de toda vida cristiana y a la inspiración originaria de los institutos, y una adaptación de éstos a las condiciones de los tiempos, que han cambiado ... Las mejores adaptaciones a las necesidades de nuestro tiempo no surtirán efecto si no las anima una renovación espiritual. Ésta ha de jugar el papel principal siempre, incluso cuando se trata de impulsar obras externas». ⁵⁵

55. *Perfectae caritatis* 2.

Que nos guíe Nuestra Señora, la Virgen del Rosario

El evangelista Lucas dice, hablando de María, madre de Jesús, que «conservaba en su interior el recuerdo de

56. *Lucas 2, 51.*

todo aquello»: ⁵⁶ no sólo de los hechos extraordinarios de la concepción de Jesús y de su nacimiento e infancia, sino de su vida entera, de su ascensión a la derecha del Padre y de sus maravillosas intervenciones en la historia. Así lo prueba el cántico del Magníficat, espejo del corazón de María, a quien podemos considerar el modelo de interioridad y de visión global que debe cultivar en sí todo verdadero profeta de la Nueva Alianza. Pidamos a la Santísima Virgen que nos ayude a cultivar a diario en nuestro corazón su misma óptica, la propia de la esperanza cristiana.

La memoria mariana de hoy, 7 de octubre, nos invita a descubrir en el rezo del Rosario un modo práctico de conservar en nuestro interior los diferentes aspectos del acontecimiento de Cristo: son quince y los llamamos «misterios». En ellos alimentamos nuestras relaciones de amistad con Cristo y, al considerar en ellos la inefable riqueza de la Encarnación y de la Redención frente a los graves problemas que nos rodean en este cambio de época, podemos día a día percibir y comunicar su contemporaneidad. Son manantial abundante de luz salvífica y recuerdan cuál es el secreto para la función profética de todo discípulo, que debe ser «como padre de familia que va sacando del arca lo nuevo y lo antiguo». ⁵⁷

57. *Mateo 13, 52.*

Hay que aprender realmente a «ir sacando» del arca de Cristo los urgentes mensajes evangélicos que sugiere el Espíritu del Señor en la meditación de los quince misterios. La preocupación profética puede mejorar la práctica y el aprecio de este ejercicio piadoso, dándole de nuevo verdadera actualidad para alimentar la nueva evangelización.

Cabe recordar también la importancia que daba san Juan Bosco al Rosario. Así respondía al marqués Roberto d'Azeglio, que intentaba disuadirle de hacerlo rezar a sus muchachos: «Tengo metida en el alma esta [práctica], y puedo decirle que mi institución se apoya en ella:

estaría dispuesto a dejar otras muchas cosas muy importantes, pero ésta no». ⁵⁸

58. Memorias Biográficas,
III, 294.

Nuestra atención no va tanto a la laudable observancia de una práctica, cuanto al aspecto de un corazón mariano permanentemente concentrado con afecto profético en los diversos aspectos del acontecimiento de Cristo, centro vital de la nueva evangelización. Hacer memoria contemplativa de Cristo no es simplemente recordar una antigua visita de Dios, sino considerar su permanencia de revelación y salvación, entrando en familiaridad con su aspecto escatológico, es decir, de novedad para cada época, en cuanto que está llamado a ser levadura en la historia de hoy.

Es un modo de cultivar la experiencia de lo divino tal como la vivió Cristo. El profeta no está constituido en autoridad para mandar, sino para comunicar la luz del misterio que ha vivido personalmente; es contrario a esta vocación el caer en la rutina; el profeta no puede aparecer como «habitado» a Cristo, sino como amigo de su actualidad salvadora y como su inteligente y fiel mensajero, que lleva dentro de sí la atención a su perenne novedad y el don de la «parresía», es decir, de la franqueza y audacia al comunicarla; antes de alinearse en opciones sociales, procura anunciar su Evangelio poniéndose totalmente de parte de Cristo; más que a la rebelión, invita a la conversión; no es un experto en el calendario de acontecimientos futuros, sino que explica el sentido del futuro; lleva la buena noticia, que incluye el perdón de los pecados, y, por consiguiente, insiste en la conversión y denuncia el mal con franqueza; ama las novedades porque es portador de la mayor novedad.

Para ser profeta, hace falta fuego, vitalidad siempre fresca, fantasía audaz, docilidad cotidiana al Espíritu del Señor y entusiasmo y valentía hasta el martirio. Lo demuestran los santos de todos los siglos, hombres y mujeres, que hicieron de Cristo la razón de su vivir y de su obrar.

Que María nos obtenga a cada salesiano y a cada comunidad una interioridad apostólica que haga brillar proféticamente, para los jóvenes, la plenitud de luz de Cristo.

Un saludo fraterno a todos.
Cordialmente en san Juan Bosco,

EGIDIO VIGANÓ